La Princesa Caramelo

Lorena Hernández Vargas

◆◆◆

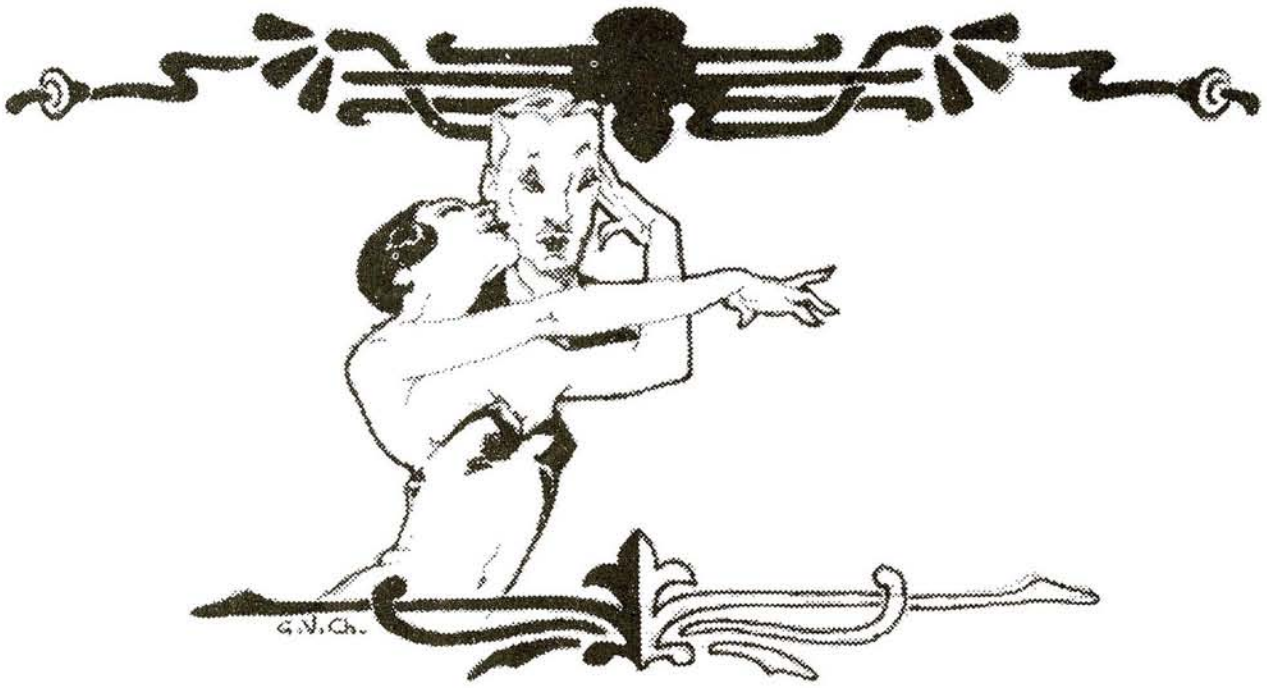
Era una niña buena como el pan, por eso no le guardó rencor a su madre cuando le puso las palmas de las manos encima del comal ardiendo. Las ampollas que se le formaron al poco tiempo eran parecidas a las tortillas que aprendió a hacer una vez que le perdió el miedo al fuego. Su madre le acercaba una silla a la estufa y le colgaba del cuello un mandil, blanco y con encaje rosa que le quedaba demasiado grande. Las ampollas que una vez le brotaron de las manos eran iguales a las tortillas redondas, delgadas y con las pancitas infladas, como si de pronto se llenaran de aire a fuerza de suspirar y luego quedaran planas, sin aliento.

Así se pasó gran parte de su infancia jugando a las comiditas de a deveras, siempre muy seria junto a la estufa, concentrada en las flamas de tonalidades azules que luego se volvían amarillentas adoptando tonos rojos y naranjas, comiéndose el fondo de las ollas, crepitando al contacto del aceite y de la manteca.

Ella miraba el fuego con los ojos abiertos, hipnotizada por la extraña danza de la flama, el fuego se volvió su aliado, su confidente y su juguete: las muñecas que nunca cargó eran flamas esbeltas que como hijas malagradecidas le hubieran quemado los brazos ante su solo contacto.

Aprendió a cocinar con la naturalidad de quien se enseña a caminar o a hablar; preparaba igual caldos para los resfriados y enfermos de gripe, como atoles y avena en leche para las mujeres de la casa que amamantaban.

Cuando hablaba utilizaba con frecuencia frases y palabras que remitían al sentido del gusto y al arte culinario, como: "manita de puerco" a las retorcidas de brazo que le daba su mamá cada vez que la sopa le quedaba demasiado salada o los frijoles quedaban duros;



"corazón de pollo" para su nana que se la pasaba llorando y renegando porque su niña en lugar de correr como los demás chiquillos se la pasaba plantada frente a la estufa, adueñándose de quién sabe qué secretos alquímicos que la hacían conocer la verdadera esencia de las cosas; "cara de encaladilla" para la parienta que se polveaba tanto la cara que le quedaba cenicienta y blancuzca como son estos panecillos de maíz; a la prima que tenía la piel pálida y se pintaba unos rodetes colorados en las mejillas la asociaba con una "rebanada de jícama con chile"; la tía que siempre andaba con el ceño fruncido y el semblante serio era "la vinagrilla"; la mejor amiga de la tía que diario vestía de negro con manga larga y medias gruesas de lana del mismo color era "agria como un limón", y además como el par de zopilotas no eran muy amigas del agua, en secreto les decía "las pescadas".

La hermana mayor que siempre estaba a dieta y aun así era gorda, y con toda su adiposa humanidad se la pasaba sufriendo porque todo a su alrededor era una tentación: las cosas dulces y las saladas, las blandas y las crujientes, las ácidas y las enchilosas, vivía con la hiel reventada, sin poderse dar un gustito y siempre a punto de salivar igual que un perro rabioso.

Siempre que le preguntaban por su padre que era un hombre cordial y bromista, presto al arrumaco y al apapacho, tan distinto de su madre severa y exigente, decía que él era "harina de otro costal"; otra cosa que decía era "a mí mis chicharrones", cuando lo que valía era su voluntad y nada más que eso.

Ella no sabía de medidas, pero sí de pizquitas y puñitos, así era como condimentaba las comidas que preparaba mañana, tarde y noche. No sabía leer ni escribir

pero conocía al dedillo los secretos para lograr que un huevo quedara a punto de turrón y poder elaborar con él confites y golosinas.

Cuando creció, también en ella se hizo grande la idea de que el amor entra por la barriga y a partir de entonces se dedicó a alimentar con esmero a todos los que se encontraban a su alrededor. Entre más comida les ofrecía más afecto les demostraba, así que los comensales si no querían desairarla tenían que comer con entusiasmo, dedicados por entero al movimiento del maxilar inferior que hacía contacto con el superior y producía toda clase de crujidos y chasquidos, y una temblorina de cachetes que convertía las comilonas en un espectáculo singular. Así se pasaban tardes enteras, descansando apenas para beber sorbitos de agua entre platillo y platillo.

Se casó siendo una chiquilla apenas, y lo único que hizo fue pasar de la cocina de la casa paterna a la cocina de la casa del marido, quien por cierto era muy parecido al Rey de Chocolate con Nariz de Cacahuate al que le canta Cri-Crí. Con los vapores de la cocina sofocaba su tristeza de Princesa Caramelo que no quería vivir con el hombre al que en lugar de cabello le brotaba pura miel.

Cuando tuvo hijos y luego nietos su mayor deleite era verlos comer papillas y sopitas, licuados y jugos, frutas en almíbar, en mermeladas y crudas.

Sabía cuál era el platillo favorito de cada quien para complacerlos cada vez que iban de visita; esas ocasiones eran verdaderos días de fiesta: todo en su mesa era fresco, recién hecho, recién comprado, recién horneado o recién cocinado. Decía que la comida enlatada o la preparada en el horno de microondas la ponía enferma del estómago y le apachurraba el corazón, por eso les huía como si se tratara de una peste. Y no dudaba en criticar a las nietas modernas si con el pretexto de no tener tiempo suficiente para cocinar alguna vez recurrían a las gelatinas solubles y a las sopas de sobrecito. Decía que a causa de esa comida de a mentiras había tantas enfermedades y a cada rato las reprendía diciéndoles que si no se alimentaban "como Dios manda" serían madres de puros hijos bizcos y tembeleques.

Siempre estaba en la cocina frente a la estufa con un delantal blanco y encaje rosa, que le quedaba demasiado pequeño, pero que nunca quiso cambiar por ningún otro, seguramente porque en él estaban guardados muchos recuerdos, muchos olores y muchos sabores.

Era la misma niña de años atrás, con la mirada fija en la flama, haciendo tortillas redondas, blancas y pequeñas con las pancitas infladas. Todo seguía igual que entonces, menos la silla, que antes usaba para no tener que estar parada de puntas meneando las cazuelas. La abuela alcanzaba sin esfuerzo las parrillas, aún no estaba tan pequeña como para necesitarla de nuevo, y desde ahí, con la respetabilidad que da la altura, dominaba su reino de ollas y cacerolas, el único reino que por ser la Princesa Caramelo le pertenecía por completo.◆